

embozo, como cabeza de santo que sufrió el martirio de la decolación, y aparecía profundamente inmóvil. Nos mirábamos, satisfechos de aquel descanso bienhechor, y nos decíamos con el ademán:

— ¡Cuidado!, no despertarle.

Así transcurrieron las dos horas, sin que ni Arturo ni nosotros nos moviéramos. Cuando dieron las nueve, Isaura, con mucho tiento, se levantó y fué á llamar á la sirvienta; yo no quise menearme, juzgando que cuanto más durmiera él mayor sería el provecho, porque precisamente tan buen sueño sobrevenía después de continuos y tenaces insomnios. Pero no sé si fué sospecha ó qué idea fué la que me impulsó á tocarle..., ¡ay!, me quedé tan frío como él estaba... No puedo expresar lo que pasó por mí al contacto glacial de su mano, al llamarle y que no me oía, al moverle y ver que la cabeza y el cuerpo se desplomaban. Isaura volvía, acercábase sus pasos más cada vez y su voz alegre:

— ¿Se despertó ya? ¡Qué sueño! Arturo, despiértate, hombre.

Apareció en la sala y se dirigía hacia nosotros jovialmente. ¿Cómo la detuve yo? ¿Cómo no leyó en mi cara la terrible verdad? ¿Qué fuerza sobrehumana levantó mi brazo, puso en mis labios un dedo y dió sonido á mi lengua para articular palabras en súplica de que se alejara y le dejara dormir aún? ¿Qué fuerza, digo, me permitió inclinarme sobre el cuerpo y fingir que le preguntaba y tocarle de modo

que el débil movimiento de la cabeza tradujese su deseo de seguir durmiendo y de que la engañada joven se retirara también á descansar?

No acierto á decirlo. Isaura se retiró, y cuando cerró la puerta, el comediante no pudo resistir más y caí á los pies del muerto sollozando dolorosamente. Pero el drama no había acabado: empezaba apenas. Era preciso mantener á Isaura en el engaño; todo, lo mismo el hecho que sus consecuencias, debía ignorarlo por el peligro serio que corría. Los sucesos que iban á desarrollarse en la quinta con motivo de la muerte de Arturo era preciso que pasaran inadvertidos para ella. ¿Cómo? Necesitaba un auxiliar, un colaborador...

*Bullebulle* lo ha negado siempre y ha jurado sobre la cruz de sus dedos que aquello de que yo le acuso no fué mala obra suya, y cuando se conozca la gravedad de mi acusación se comprenderá por qué se defiende con tanto calor y hasta deja caer lágrimas gordas como garbanzos. Pero yo sé lo que me digo y no le absuelvo: ¡no le absolveré nunca!

Vamos al caso. Así que me hube compuesto un poco por la consoladora reflexión, llamé á *Bullebulle*, me incomiqué con él á fin de que los primeros ímpetus de su azogado carácter no trascendieran fuera, y mañosamente le dije:

— Esto sucede... Hay que hacer esto... Cuidado con lo otro...

Como se dispara una carga de pólvora á la que se

acerca la lumbre, todos los nervios de *Bullebulle* se pusieron en conmoción: chilló, lloró é hizo todos los extremos imaginables y que representan el dolor y la desesperación, teniéndole yo que calmar y consolar y hasta llorar con él, mientras le ordenaba el silencio y la prudencia más absolutos, lo más difícil de conseguir de *Bullebulle*. Alcancé, al cabo, que guardara relativo silencio, por lo menos, que prudencia ya veremos si la tuvo, y seguros de que Isaura estaba recogida en su alcoba, mal que mal cargamos con el querido cadáver y lo acostamos en mi propio lecho como un Cristo de marfil.

No quiero aburrir con detalles fúnebres. Si la muerte entra en mi relato más de la cuenta es porque ¿quién convierte los ojos al pasado que no lo vea sembrado de cruces? Suprimiré, pues, mucho que decir pudiera acerca del horrible trance de aquella noche, y contaré lo que había concertado con este pecador de *Bullebulle* para que no se enterara Isaura, y cómo se enteró y las resultas de que se enterase.

Entre las escasas relaciones nuestras figuraba cierta dama viuda, la cual dama era madre de una amiga y compañera de colegio de Isaura, excelente familia que la poca fortuna y la casualidad trajeron á vivir á Belgrano á dos pasos de nosotros. Mi plan fué sacar á Isaura de casa con engaño la siguiente mañana y llevarla á la de las vecinas, donde quedaría hasta su alumbramiento, que después, pasado el peligro, no faltaría fórmula para comunicarle la desgracia, y para que allí

se quedara sin protesta tampoco. Lo principal era que saliese de casa antes de que lo que ocurría llegara á su conocimiento. Me parece que este plan no era cosa del otro jueves, y para concebirlo no necesité exprimir el poco meollo que Dios me ha dado. Pero yo propuse y *Bullebulle* dispuso.

Seguramente, la noticia de la desgracia, cuando me dejó solo en la cámara mortuoria, la llevaba él como sierpe oculta en el pecho á la cual deseara dar suelta en seguida, y que la soltó no bien entró en la cocina no hay pizca de duda, porque yo oí el alboroto que se armaba dentro, los murmullos, los pasos que se aproximaban á mi puerta... La puerta la había yo cerrado, pero sin pestillo, descuido de que también he de acusarme. Oía yo, pues, toda aquella batahola y temblaba de que Isaura pudiera escucharla, y al lado del lecho, como el Evangelista al pie de la Cruz, estaba abismado, la media noche sería, cuando de pronto mi puerta se abre y aparece Isaura en el hueco, más blanca que su vestido. Dí yo un grito, ella dió otro y se abalanzó al muerto; quise yo impedirla y rechazarla, y ella, como loca, me empujó apartándome... Vinieron los criados y entre todos la sacamos de allí desmayada.

No sé lo que pasó después. Trastornado yo, apenas si recuerdo algún detalle. Me parece que la sirvienta me previno que había que salir urgentemente en busca de un facultativo, ó los gritos de Isaura fueron aviso suficiente para que yo, alelado y todo, me echara al jardín y á la calle y á tientas por aquellos lóbregos calle-

jones, con más frío en el alma que en el cuerpo, acertara con la casa de las vecinas, las llamara, despertara y suplicara su caritativo auxilio; y luego, aquí caigo, allí me levanto, diera con la profesora, que no se me olvidará, no, se llamaba doña Romana. Para esta penosa campaña, no anduve á pie, que esto fuera imposible, sino que después de acompañar á la viuda y á la hija hasta mi portón, monté en el *petizo* overo que ya me tenían ensillado, y á su grupa me traje á mi doña Romana, como galán pampeano á su prenda.

¡Qué noche! Pague Dios á aquellas santas mujeres su buena obra; que sin ellas, ¿qué fuera de Isaura y de mí, tan confundido y sin gobierno como estaba? Ellas acudieron á los menesteres del momento con tanto celo y voluntad que excusan toda alabanza: lo que no pudieron enmendar fué la torpeza de *Bullebulle* y sus terribles consecuencias.

Repito que no quiero insistir sobre fúnebres pormenores, y así del entierro de Arturo no diré más que se llevó á cabo al día siguiente. Isaura seguía lo mismo: doña Romana esperaba la hora en que sus servicios fueran necesarios, y ya la viuda ó la hija, que por cierto no reflejaba en su rostro la hermosura de su alma, y como era bizca y fea no me atrevo á dar su nombre y ambas quedarán innominadas en esta historia, que aún viven las dos, venían á buscarme cada media hora á este salón, donde paseaba cabizbajo, ó á mi alcoba, donde me encerraba con mis pensamientos, y me daban noticias de la enferma...

— Aún no... Parece que falta mucho todavía... Lo peor es la agitación que tiene...

Yo no contestaba más que con muecas de disgusto. Y me paseaba, sufriendo todas las angustias que deben de sufrir el marido y el papá de verdad en igual trance.

Cuando las mensajeras tardaban más de lo regular, salía yo por los pasillos á buscarlas.

— ¿Qué tal? ¿Cómo sigue? ¿Será preciso llamar al médico?

En la noche del segundo día doña Romana me avisó que bueno sería que se le llamase. Ciertos síntomas que notaba en la enferma reclamaban, á su



... y á su grupa me traje á mi doña Romana

juicio, la presencia de un profesor de mayores recursos científicos que los suyos. Doña Romana era modesta, no queda duda, pero también tenía una frescura y un modo de decir las cosas que no reparaba en que aquello de «no quiero que se me eche á mí la culpa de que se desgracie el niño ó la madre,» debía hacer penoso efecto en quien pasando estaba agonías tan grandes. Digo que era de noche cuando á la despreocupada señora se le ocurrió comunicarme su pedido de consulta, y no bien me lo hubo dicho que ya mon-

taba yo otra vez sobre el *petizo* y me iba á chapotear por aquellos fangales. Le dí caza al médico y me lo traje como á mi doña Romana, á la grupa, pensando amargamente que de nada me valía mi celibato para librarme de tales aventuras, cual si estuviera el hombre condenado á cumplir la ley natural á tuertas ó á derechas. Padre, sin serlo, lloraba la muerte de un hijo que no era mi hijo, y esperaba la venida de otro que tampoco lo era y que antes de nacer se acogía á mi paternal protección. El recuerdo de la sátira perversa de Maltancito me quemó las orejas. Y por fatal coincidencia, esta vez era un pariente del bufoncillo quien pretendía abrigarse bajo el manto simbólico de D. Perfecto...

El médico dijo lo mismo que doña Romana, y mientras el peligro crecía, doña Romana y el médico se atizaron dos tazas de chocolate, sin duda para hacer boca. Yo no podía tenerme en pie, de flaqueza y de angustia, y me metí en mi alcoba; que la honestidad, por mí siempre respetada, no permitía que estuviera en la que era teatro del suceso, y allí supliqué á la señorita bizca me llevara todas las noticias posibles. Nadie dormía en la casa; nadie durmió aquella noche.

Rompían los gallos á cantar, cuando mi mensajera llamó á la puerta. «¿Qué hay?, ¿ya? — ¡Por fin!, ¡un niño, un hermoso niño!» En medio de mi duelo, esta nota de alegría me refrescó el alma. Pero muy pronto vino doña Romana con la rebaja.

— El doctor teme la fiebre puerperal. Yo lo mismo.

Su estado de agitación se agrava... Me parece que de la fiebre no escapa.

Y detrás de doña Romana apareció el médico. Malo, malo. La agitación, esa agitación... También ¿á qué cristiano se le ocurre darla de sopetón la noticia de la muerte de su marido?

— No ha sido un cristiano, doctor — contesté yo sin saber ya lo que me decía, — ha sido *Bullebulle*.

Y me senté, mirando atónito á aquellas personas que se complacían en torturarme. ¿No bastaba con el desmoronamiento de mi hogar artificial, que todavía se consideraban probables desgracias mayores?

Pero doña Romana y el médico no se equivocaron: la fiebre se declaró, y fué lo mismo que si se declarara un incendio en la casa. Todos andábamos con las manos en la cabeza: había que atender á la enferma, había que atender al niño, que como no entendía de razones berreaba pidiendo teta, y á mí acudían todos para que todo lo remediara, providencia doméstica y omnipotente. En vano pretendía yo demostrar que estaba tan atortolado como ellos y en aquel momento ignoraba cuál fuera mi mano derecha: tenía que ceder y procurar lo que se me pedía, yendo y viniendo como un dominguillo; que por tratarse de la vida de Isaura y su hijo, no paraba y me desesperaba mi impotencia.

La más negra fué encontrar quien amamantara á este gandul de Arturito. Reventé casi al infeliz *petizo* trotando por estos andurriales belgranenses; y al fin,

de la ciudad conseguí traer, á la grupa también, á una vascongada muy rollizota que me le puso como una manteca en tres días.

Y á todo esto la fiebre se comía á Isaura, como fiera que monda un hueso. Según el parecer de mis dos facultativos, se iba la pobrecita por la posta. Tan grande aflicción sufría yo, que llegué á cobrar rencor á *Bullebulle*, juzgando su imprudencia como crimen aleroso. Desde que cayó enferma extremé mis miramientos hasta el punto de no querer entrar en su alcoba, y me contentaba con enviarla recados cariñosos cuando sabía que estaba más despejada; pero una tarde ella me mandó á llamar, y entré y me dolió sobre toda ponderación el verla tan consumida y cambiada, aquella Isaura de los días alegres. Me pidió la mano, se la dí y me abrasó con su fuego; algo deseaba decirme y me lo decía con la presión, con los ojos relucientes, con el suspirar de su pecho anheloso, y yo, que la comprendía muy bien, la tranquilicé, asegurándola, como muchos años antes había asegurado á Laurentina, que de la vida, de la educación, del porvenir de su hijo me encargaba yo bajo juramento. Los dos lloramos: ella, de gratitud; yo, de pena.

¡Raro y caprichoso azar, que en condiciones idénticas me ligaba á un nuevo ser y el nido que yo creía destrozado reconstruía para que en él le abrigara y protegiera, como á su padre!

Isaura murió por la noche. Supe que había muerto por las carreras, gritos y lamentos de la servidumbre,

oleaje de dolor que chocó contra mi puerta. Escondí la cabeza y me tapé los oídos.

Pero alguien me tocaba y vi delante de mí el afli-



... á doña Romana con el niño en brazos, presentándomele

gido grupo de mujeres, á doña Romana con el niño en brazos, presentándomele como el legado de la madre muerta y recuerdo de mi promesa sagrada. Le cogí, admirado de que pesara menos que una pluma, y con